

libras esterlinas á los accionistas de la compañía inglesa que las explota; el Brasil está reducido á no contar con otra moneda, que un papel desacreditado; la carencia de capitales impide el desarrollo del cultivo, y la miseria estrema que resulta de este estado de cosas, provoca diariamente levantamientos en las provincias.

“Las cortes portuguesas se atrevieron á tentar el establecimiento de otro sistema; ellas hubieran querido obrar para con las naciones extranjeras conforme á lo que estas naciones obraban con el Portugal; y en ejecución de este designio, los derechos sobre las mercancías inglesas hubieran sufrido algunos aumentos; pero el ministerio inglés ha castigado severamente esta audacia; ha tomado por pretexto el comercio de negros para ingerirse en la policía de otras naciones, y ha establecido un crucero delante de las colonias portuguesas de Africa. Los cruceros ingleses han detenido á buques portugueses procedentes de Angola, cargados por cuenta de franceses ó portugueses, y los han envidado á Sierra-Leona y tambien á Inglaterra, sin tener ni un solo esclavo á bordo. ¿Cómo asombrarse de que las naciones europeas toleren esta piratería, cuando durante muchos siglos se han humillado hasta el punto de pagar tributo á los corsarios berberiscos? No sería sin embargo necesario empeñarse en algun combate; para poner un término á las tiranías británicas bastaría entenderse, y la independencia comercial de cada nacion, quedaria garantida por el interes de todas en hacerla respetar. El continente cerraria sus mercados á los productos ingleses, y lejos de perder ganaria con esto, porque es evidente que mientras el comercio inglés no es sujeto á iguales condiciones, será una verdadera calamidad para Europa.

“Los países meridionales han sufrido mas que ningunos otros, por la organización actual del comercio, de lo que se convencerá cualquiera que recorra el territorio bañado por el Mediterráneo, y si se compara lo que eran en el siglo XVII, y en la primera mitad del siglo XVIII, y lo que son ahora las fábricas que han iniciado al Norte de Europa en las artes industriales que ya no existen, y tambien los productos territoriales que tan considerablemente han disminuido. En Italia se nota menos este daño, por la muchedumbre que visita su antiguo suelo, para inspirarse, bajo ese cielo tan hermoso, con el génio de sus grandes hombres; mas dista mucho de la época en que Génova resistía á Luis XIV, y en que Venecia detenía los progresos de los turcos. La España del tiempo de la sucesion, es un coloso de poder y de riqueza si se le compara con la España de Fernando y de Cristina; y si seguimos el litoral Musulman del Mediterráneo, quedaremos convencidos de

una declinacion semejante. El Norte de Africa produce mucho menos en granos y en frutos que en otro tiempo; y el Egipto estaba arruinado cuando un frances lo ha llamado á nueva vida, introduciendo allí el cultivo del arroz. Por lo que toca á la Siria, á la Asia menor, á la Turquía europea, y á las islas del Archipiélago, han disminuido sus productos en una gran desproporcion, respecto de los que se remian en el siglo XVIII; esos países han disminuido mucho en numerario, y las poblaciones de las provincias turcas deben haber sufrido una fuerte disminucion, si se juzga por la debilidad comparativa del imperio. Podrá decirse que esta decadencia debe atribuirse á las guerras y á la opresion de los gobiernos; pero los cristianos han sufrido mas guerras que los musulmanes, y estos no son los únicos que han sido regidos despóticamente: tan lejos como puede conocerse por los documentos históricos, nosotros vemos al Oriente gobernado siempre por el despotismo, sin que su situacion haya sido nunca tan deplorable como en la época presente; es, pues, indispensable que existiera una causa general para la ruina del Medio dia. La Servia, la Bosnia, la Transylvania, la Valachia y la Moldavia, cuyos territorios son tan fértiles, y de donde se esportaban tantos granos, no producen lo bastante para la subsistencia del imperio, y las provincias rusas son las que lo alimentan; porque la producción de granos, como cualquiera otra, se hace inferior á las necesidades cuando no hay seguridad de vender lo superfluo.

Los tratados de comercio, á los cuales ha hecho el gobierno inglés que suscriban las repúblicas de la América española, al principio de su independencia, no les han sido menos funestos que al Portugal y al Brasil. En toda la América del Sur, las mercancías inglesas son recibidas bajo derechos excesivamente bajos, mientras que en Inglaterra pagan derechos esorbitantes, los cacao, los azúcares y cafées.

“Echémos ahora una rápida ojeada sobre los países sometidos á la dominación inglesa.

“Si se leen con atencion las relaciones de los viajeros, y los documentos publicados sobre el inmenso imperio que los ingleses han conquistado en Asia, se advertirá que esta espumosa conquista señala por todas partes huellas profundas de opresion. En la India, que es víctima de todos los abusos de la fuerza y de la autoridad, el déficit del presupuesto se aumenta anualmente. En la magistratura, en la administracion y en el ejército, reina una codicia desenfrenada, y los cultivadores, llevados á la desesperacion por las esecuciones, se organizan en bandas de ladrones y de asesinos, en todos los puntos del extenso territorio regido por la compañía.

“El impuesto de la India, que no llega, comprendidos los tributos de los principes, sometidos, mas que al valor de seiscientos millones de francos, no parece enorme si se compara con las cifras de nuestros presupuestos europeos; pero en Europa el impuesto no es mas que una fraccion de la renta disponible, cuando en la India no hace mas que absorberla, pues que frecuentemente sucede que no se dejan al cultivador las subsistencias. El suelo habia sido confiscado por los conquistadores musulmanes, y los conquistadores ingleses han conservado la confiscacion, y la compañía inglesa percibe sobre las tierras un impuesto en dinero, equivalente á la mitad de la renta, y que las esecuciones de los colectores aumentan considerablemente. En los países conquistados sobre los principes indigenas, se ha dejado el suelo á los cultivadores y propietarios que lo poseian; pero nada ganan ellos con esta propiedad nominal: la captacion y las contribuciones sobre los pueblos, suben tan altos como los impuestos de las provincias musulmanas, y estas contribuciones no se perciben de una manera menos opresiva; por esto se ven obligados los principes indios á privar de la mitad de la renta á sus súbditos para poder satisfacer los tributos que les impone la compañía.

“Ninguna parte de este impuesto, arrancado por la violencia, se emplea en el interes del país, si se exceptúa una suma de 66,553 libras esterlinas destinadas nada menos que á la instruccion primaria de la poblacion de ciento sesenta millones de habitantes que contienen las tres presidencias, que á cubrir la opresion con un barniz filantrópico, especie de charlatanismo en que tanto sobresalen los ingleses; exceptuando, repetimos, esta suma de una chochente insuficiencia, la totalidad de seiscientos millones, es absorbida por el ejército y la administracion.

“Este país es Eldorado de la aristocracia inglesa; allí es donde son colocados los segundos de las familias, donde las influencias parlamentarias hacen colocar sus protegidos.

“Los ingleses empleados en la India, son solamente titulados en las funciones que se les confian, porque no podrian desempeñarlas ignorando el idioma y las costumbres del país, y viviendo enteramente separados de las poblaciones, á las cuales tratan con el mas ultrajante desprecio. Estos funcionarios se hallan todos necesitados á tomar sus agentes entre los indios, é indios son en realidad los que ejercen el poder y los que gobiernan sometidos á sus soberbios amos: estos agentes como no temen ser objeto de alguna investigacion, se permiten toda clase de concusiones, y lo mismo que sus amos, acumulan riquezas.

“Mas por opresor que sea este monstruoso

gobierno, las leyes comerciales de Inglaterra lo son mas todavia y arruinan á la India, como si fuera el único objeto que se hubieran propuesto. Así que la Inglaterra para favorecer sus colonias occidentales, rechaza casi totalmente de sus consumos, por la enormidad de derechos, los azúcares y cafées, de que podria la India surtir al mundo entero, si de alguna manera fueren protegido su cultivo. El añil y la seda son casi todos los productos del suelo indiano que se hallan ventajosamente colocados en los mercados de Europa; los algodones de la India son cortos y poco propios para ser hilados por medio de la mecánica; la mayor parte se esportan á China porque allí se hila todavia á mano. En los mercados de Europa no se venden mas que á muy vil precio, de manera que mientras que la agricultura indiana casi no recibe ningun estímulo del comercio esterior, las importaciones inglesas anulan esa antigua industria de la India, que durante algunos miles de años hacia amontonar en las riberas del Indo y del Ganges, las riquezas de todo el mundo. La habilidad del indio no puede luchar con las fábricas inglesas, y aunque su jornal es corto, los tejidos de la India resultan mas caros, y no pueden sostener su concurrencia con los de Inglaterra.

“Hay, sin embargo, un cultivo en la India, al cual dispensan los ingleses toda proteccion, y este es el del veneno. El opio con que los ingleses emponzoñan á los chinos, es articulo de una inmensa explotacion rural; es para ellos una fuente de abundantes riquezas, y cierto es que no la han de renunciar, á no ser que mas tarde por la concurrencia cesase la venta de ser ventajosa, y entonces condenarian este comercio con las mas bellas declamaciones. Entonces será: *“The most nefarious, the most obnoxious trade!!!”* Entonces el gobierno inglés declarará que este comercio es semejante á la piratería, é interesado por la salud de otras naciones, establecerá cruceros para evitar que se compre y se venda opio. Si los productos agrícolas de la India no estuvieran sujetos en Inglaterra á otros derechos que á los que pagan los productos de las manufacturas inglesas en la India; si en lugar de abandonar como presa á los caballeros viciosos y á los loores arruinados en los garitos de Londres, los seiscientos millones arrancados al sudor de los indios; si no se pagara en la India á otros empleados que los que funcionan, y estos empleados no fueran pagados mas que en proporcion con el precio de las subsistencias, y con los talentos que exigieran sus empleos; si en fin, el gobierno inglés quisiera obrar con justicia, defender á los pueblos indios contra las esecuciones, propagar la instruccion entre ellos, y protegerlos como

criaturas humanas que Dios les ha confiado (3), la India entonces prosperaría, y las tres cuartas partes de los sesientos millones de impuestos, podrían aliviar á las clases laboriosas de los tres reinos de las cargas pesadas que las hacen sucumbir.

«No sería suficiente para que la agricultura tomara incremento en la India, el que el consumo de los productos agrícolas indios fuera protegido en Inglaterra, y sería necesario que el gobierno inglés admitiera en la India los artefactos de las otras naciones de Europa, con los mismos derechos que los ingleses; porque es muy evidente que si las manufacturas continentales continúan prohibidas en la India, los gobiernos del continente, si entienden sus intereses, favorecerán el consumo, los azúcares y cafés de los países en que sus mercancías son admitidas con menores derechos, y herirán por represalia á los productos indios que no sean necesarios á sus fábricas con prohibiciones semejantes.

«No es solamente en la India donde el gobierno inglés desconoce los principios de moral universalmente admitidos entre los hombres, porque de la misma manera obra para con las colonias salidas de Inglaterra, para con sus súbditos nacidos en el suelo británico, y para con todos los pueblos del mundo. Jamás ha existido un gobierno en el mundo mas descaradamente materialista, bajo formas mas hipócritas; léase esa larga serie de despojos cometidos en Irlanda, desde Isabel hasta nuestros días, esas leyes que prohíben á los irlandeses fabricar estofas de lana, y vender sus granos en los mercados ingleses, y es tanto mas notable esta opresión ejercida por la aristocracia inglesa y la iglesia anglicana, cuanto que se ejerce sobre una población católica, haciéndola mas destable el que teniendo esa aristocracia y esa iglesia á su disposición, las fuerzas de Inglaterra, nada tienen que temer, lo mismo que los funcionarios de la India, por los excesos que cometan. ¿Cuáles fueron las causas de la insurrección de los Estados-Unidos de América, sino esas atroces iniquidades fiscales, mercantiles y legislativas del gobierno y del parlamento británico? No merecen atribuirse los últimos disturbios del Canadá, á la odiosa institución de un cuerpo de privilegiados que disfrutan de todos los empleos, que no están sujetos á responsabilidad, y que aunhan ó aprueban segun la voluntad del gobierno inglés, los actos de las asambleas coloniales; á esa maquiavélica institución de una cámara

(3) M. Wasmannth dice en su obra, que el sistema seguido por los ingleses en Oriente, ha hecho necesario el establecimiento de gran número de prisiones que están repletas de desdichados degradados y de ladrones, mientras que en los estados indios, las causas de detención son muy raras.

compuesta de agentes del gobierno, y nombrada por el gobernador? En esa lucha limpia de la fuerza contra los derechos sagrados de la humanidad, el ministerio inglés, esos *whigs*, esos pretendidos liberales, han derramado la sangre con una barbarie monstruosa, y esto en un siglo como el XIX. Los cadáveres levantados por el fanatismo político-religioso, son los deplorables efectos de las fiebres intelectuales, y los que se abandonan á esosos semejanzas, mas dignos son de nuestra piedad, que de nuestra execración; pero todo lo que hay de noble en la naturaleza se subleva á la presencia de esas condenaciones á muerte para sostener monopolios, pensiones, concusiones, y tambien para dar lugar á las confiscaciones.

«Confiscaciones! Ese gobierno que se dice liberal, y que se brinda para la imitación del mundo, deja todavía subsistir en sus leyes esta arma del despotismo, y para castigar á un hombre, arrebatá el pan á su familia. El gobierno inglés es indudablemente de todos los gobiernos europeos, el que en los últimos 50 años ha hecho menores progresos en la carrera de la verdadera libertad, porque él todavía confisca en 1840. Las propiedades de los insurgentes canadienses acaban de ser su presa.

«En el último siglo, él hizo un frecuente uso de la confiscación: cuando la conquista del Canadá, un número considerable de canadienses fueron expulsados del país, y despojados de sus propiedades: una parte de ellos ocupaba un cuartel de la isla de Santo Domingo, y varios de sus descendientes figuraban todavía en los estados de socorros en la época del directorio. En la toma de nuestras Antillas, los ingleses han obrado del mismo modo; los conquistadores se apoderaban no solamente de los almacenes de azúcar y café, sino que tambien confiscaban bajo diferentes pretextos los ingenios y los cafetales. Por último, la aristocracia inglesa no concibe ahora, como no lo concebía en la edad media, y en el siglo XVIII, que puede haber guerra sin botín: que lo pregunte el que lo dade á esas opulentas familias de los lords, Cleves, Hastings y Wellesley, de esa porción de generales y militares de todos grados, que han tomado su parte en los grandes despojos de la India.

«Estando organizado el gobierno inglés en el interés esclusivo de la aristocracia, su sistema comercial durará mientras que esta organización subsista. Sin embargo, para mantener este sistema, el gobierno está comprometido á proporcionar nuevas salidas, porque las que tiene el comercio inglés disminuyen por efecto de la concurrencia de las manufacturas del continente, porque el aumento de la población y de la miseria, llevaría la contribución de los pobres á

tan alto punto que no pudiera ser pagada, y en fin, porque los disturbios son inminentes y amenazan destruirlo todo. El espíritu de empresa no falta al comercio inglés, y explota todos los mercados á que puede tener acceso; así que, para llegar á ellos, es indispensable triunfar de los obstáculos que los gobiernos oponen á la admisión de las mercancías inglesas, y es necesario triunfar por medio de la intriga, de la corrupción ó de la fuerza.

«Algunos años ha que el gobierno de la Gran Bretaña, prosigue su objeto por todos los medios imaginables, con un prodigioso ardor, y que dá una estension desmesurada á sus esfuerzos; se le ha visto asaltar con importunidades reiteradas á todos los gobiernos de Europa, y para seducir á la opinión, derramar por todas partes sus agentes, comprar pregoneros y pensionar á la prensa. Con el Austria lo ha logrado; esta potencia ha suscrito con Inglaterra un tratado de comercio. Que nos diga el hábil Metternich, si ha obtenido de los agentes ingleses, de esos astutos apóstoles de las libertades comerciales, que los vinos y los granos de Hungría, que los aceites y los frutos de Italia sean recibidos en Inglaterra con los mismos derechos *ad valorem*, que los que pagan los tejidos ingleses en las posesiones austríacas. Claro es que por falta de esta reciprocidad Inglaterra se absorberá el numerario de Austria, ella en verdad lo restituirá á la Austria en subsidios cuando la alquile para batirse en defensa de intereses ingleses. La Austria ha ganado pues muy útiles aliados por sus concesiones; en efecto, el ministerio inglés le ha hecho esperar que en primera ocasión le prestará su apoyo, y la ayudará á apoderarse de las bocas del Danubio, de la Valachia y de la Moldavia, á fin de colocar á la potencia austríaca entre la Turquía y la Rusia; y los grandes diplomáticos de la corte de Viena, se han eruido ya señores del camino de Constantinopla. En Madrid, Mr. Villiers, titulado despues Lord Clarendon, ha acosado en vano con sus solicitudes al ministerio español para obtener un tratado de comercio. Los diputados de la Cataluña, de Sevilla, y de todas las ciudades de España, en que subsiste todavía la industria manufacturera, han opuesto invencibles obstáculos al dependiente-negociante de la aristocracia inglesa. M. Henderson, consul inglés en Cartagena, en su obra intitulada: *La España, su situación actual y futura*, publicada en 1839, calcula que con un derecho de 20 por 100, las importaciones de las mercancías inglesas en España, ascenderían anualmente al valor de veinte millones de libras esterlinas. M. Henderson hace notar muy bien la gran diferencia de precio que existe entre las mercancías catalanas y las inglesas; pero

olvidó darnos á conocer, con qué pagarían los españoles esos veinte millones de esterlinas de mercancías inglesas. Ciertamente, un tratado de comercio, por el cual las mercancías inglesas de todas clases, entraren en España, pagando un derecho de 20 por 100 y por el cual todos los productos tanto del suelo como de la industria española, entrarán en Inglaterra satisfaciendo igual derecho, sería de una inmensa ventaja para los dos países; pero no es así como lo entiende ni Mr. Villiers, ni Mr. Henderson: el tratado propuesto á España estaba redactado conforme á la antigua juglaría británica, de establecer la reciprocidad por especie de mercancías, es decir, recibiría Inglaterra de España los algodones, los tejidos, la quinacallería, la loza, los artefactos en cuero &c., con el derecho del 20 por 100, y la España recibiría los mismos artículos de Inglaterra con el mismo derecho. Por lo que toca á las sedas, como España en algunos de sus artefactos, no es inferior á ninguna nación, la Inglaterra proponía hacer ascender el derecho por las sedas de los dos países á un 40 por 100: en cuanto á los vinos, á los aguardientes, á los higos, á las pasas &c., se establecían derechos fijos, excediendo el valor de estos productos, y no se admitían en Inglaterra con derechos *ad valorem*, de manera que se hubieran encontrado fuera del alcance del obrero inglés, al paso que la mercancía inglesa hubiera penetrado en la casa del pobre paisano español, y en el palacio de la grandeza. Un tratado semejante de comercio, agotaba el numerario de España, arruinaba sus manufacturas, sin favorecer por esto á su agricultura; por lo demas, la España sabe hasta qué punto debe atenderse á la amistad de la oligarquía inglesa; ella conoce su amor desinteresado por la libertad de Europa y de América, y á falta de su propia experiencia, las cortes españolas tienen á la vista la brillante posición á que ha llegado Portugal por un tratado de comercio con Inglaterra, y no ignora las piraterías ejercidas por la marina inglesa sobre el comercio portugués.

«Las maniobras inglesas (4) tanto en Nápoles

(4) El artículo 5.º del tratado de comercio de 1816 entre la Inglaterra y el reino de las dos Sicilias, concede á los ingleses el derecho de admitir propiedades en los estados de S. M. Siciliana. Los diarios ingleses se sirven de este artículo, y pretenden que el rey de Nápoles no podía consentir el monopolio del azúfre por efecto de este artículo, segun se alega, por efecto de este monopolio las propiedades inglesas en Sicilia han disminuido en valor; mas, cesigar que los ingleses que llegat á ser propietarios en un país, están exentos de los impuestos y monopolios que el soberano establece. Es evidentemente poner en cuestion la soberanía en sí misma; equivaldría á esto, el que los americanos nos disputasen el derecho de estancan el tabaco bajo el pretexto de que no les convenia.

«Los tratados de comercio establecen las condicio-



Inglaterra se reserva para sí sola, proporcionar los artículos manufacturados que consumen en la India ciento sesenta millones de habitantes. El continente, privado del comercio de la India, se dejará también quitar el de China. La China consume diez veces mas de mercancías de Europa que la Turquía, y la cuestión nos parece mucho mas importante que la de Constantinopla; la Turquía es impotente para regenerarse por sí misma, y convendría mejor ciertamente á los intereses del continente, que el paso de los Dardanelos estuviese en poder de Rusia que en el de Inglaterra.

“Así es que en todas partes encontramos pruebas de nuestra asercion, que el sistema inglés en el azote del mundo; él reduce á la desesperacion á ciento sesenta millones de indios; arruina á las naciones ligadas por tratados de comercio con Inglaterra, é impone la mas dura de todas las servidumbres á veinte millones de proletarios que habitan las islas británicas.

“*Derecho único.* Las relaciones comerciales de las naciones, no serán igualmente ventajosas para todas, que cuando los productos territoriales y los artefactos pasen de una nacion á otras sometidos á un derecho único, igual en todas las naciones.

“Poseyendo todas cosas semejantes y diferentes en cantidades diversas, es muy evidente que el sistema que fija derechos distintos para cada especie de cosa, forma todo un obstáculo para que las cosas se pongan al nivel entre los diversos países, conforme á sus necesidades respectivas; en efecto, los cambios no pueden hacerse entonces en toda la estension de las necesidades, porque la mercancía que sufre menores impuestos, es tomada en mayor cantidad y en mayor valor que la mercancía sobrecargada de derechos; de aquí resulta que la diferencia entre los cambios, no puede igualarse mas que con dinero, y que las naciones estén capaces á constantes perturbaciones, por la fluctuacion del numerario que circula.

“Resulta por las combinaciones de este sistema que una nacion vende á otras mucho mas de lo que compra, que de esta manera se atraiga constantemente el numerario; que el aumento de éste, haciendo crecer el precio de las cosas, obligue á una parte de los ciudadanos á vivir en los países vecinos; y como en Inglaterra el poder social se encuentra en manos de los propietarios, ellos obligan por medio de este sistema á los proletarios, á huir, á morir de hambre, ó á ser sus esclavos, y como esta nacion ha llegado, por sus progresos en la mecánica y la potencia de sus establecimientos, á fabricar mas barato que ninguna nacion, y á poder surtir al mundo entero con los artículos de sus fábricas, su gobierno por este sistema hace dependientes á to-

das las naciones, porque ninguna de ellas puede recurrir á represalias.

“Los productos del suelo y de las fábricas, forman las riquezas movilizadas de un país, y con estas riquezas se pagan los derechos, los impuestos y contribuciones de todas clases. La relacion de la totalidad de los impuestos (10) con la totalidad de los productos forma el impuesto medio que los grava. El precio de los salarios, de las materias primeras, de las locaciones de tierras y de edificios, y aun el precio del interés de los capitales movilizarios, se aumentan en una proporcion mayor ó menor por los diversos impuestos, y en consecuencia el precio de los productos se aumenta en la cantidad en que estos impuestos gravan á todos estos elementos de produccion. Así que si la relacion del total de los impuestos con el total de los productos es de un quince por ciento, el impuesto medio que pesa sobre toda la produccion, es de quince ó veinte por ciento.

“Los economistas del último siglo no querian otro impuesto que el territorial, y en este sistema, las aduanas quedaban suprimidas; pero es muy evidente que mientras el género humano esté dividido en varias naciones con cargas legales mas ó menos pesadas que soportar, este sistema no podrá existir; en efecto, aumentado el precio de la produccion por los impuestos, el de aduanas es el único que puede igualar entre los países las cargas legales, que pesan sobre la produccion. Si los productos del extranjero fueran admitidos con un derecho demasiado inferior al impuesto medio del país, el trabajo no sería suficientemente protegido, así como este trabajo estaria del todo sin proteccion, si los productos del país no fueran recibidos por el extranjero, bajo los mismos derechos con que se reciben los suyos.

“No existe un país en Europa donde el total de los impuestos esceda en mucho al valor de la quinta parte de todos los productos del territorio y de la industria; así, pues, dos naciones que recibieran recíprocamente sus productos con el derecho de un veinte ó mas bien de un 15 por 100, desnivelarian el trabajo de algunos cultivos y de algunas fábricas; mas como el objeto de este derecho no es reducir los consumos, la produccion total sería proporcionada á la produccion de los dos países.

“Dios ha equilibrado las ventajas respectivas de cada país, por la diversidad de los productos y las ventajas que resultan de las facultades corporales ó intelectuales de las naciones, por la diversidad de capacidades. El comercio no puede tener lugar sino recibiendo un artículo

(10) La palabra *impuesto* se toma aquí en la acepcion general que comprende á toda suma impositiva por la ley y cuyo pago es exigible por el estado.

como equivalente de otro; la ley no podría pues establecer la reciprocidad comercial entre dos países, sino por la adopcion de un derecho único para los productos de todas clases, sea que provengan directamente del suelo, ó de la industria manufacturera, ó de la igualdad de derechos de navegacion. La reciprocidad comercial es entonces verdadera, porque se funda sobre la ley providencial. Es imposible establecerla entre dos países por la distincion de las cosas; porque para llegar por este medio á la igualdad de una y otra parte de ventas y de compras, de donde resulta la igualdad de ventajas, era indispensable apreciar primero de una manera exacta las cantidades y valores de los artículos de todas clases que los dos países producen, y en seguida, la cantidad y el valor de los artículos que los dos países consumirían, con el derecho especial que se señalará á cada uno de estos artículos; pero estas cantidades y valores se escapan de todo cálculo; así pues, fuera de la igualdad de derechos para todos los artículos, no hay entre dos países, mas que errores y sorpresas intencionales, que provocan incesantes reclamos, hacen nacer rivalidades y odios, y obligan á las naciones á aislarse por prohibiciones, ó por derechos mas ó menos restrictivos.

“Matemáticamente está demostrado que por la reciprocidad que se funda en la unidad del derecho, las relaciones comerciales entre dos pueblos adquirirían todo el desarrollo posible, y es indudable que las inmensas ventajas que resultarían para cada uno de ellos, harían adoptar universalmente esta reciprocidad entre los pueblos civilizados; entonces desaparecerían las preocupaciones hostiles que existen entre las naciones; entonces la propagacion de los descubrimientos de las ciencias, se haría con una estrema rapidéz, y la armonía comenzaría á reinar entre los hombres.

“Si los gobiernos de Europa reflexionasen la prodigiosa estension que tomarian sus estados respectivos, el consumo del azúcar, del café, del té, del cacao, del vino, del aceite y de las frutas &c., si los derechos quedarán reducidos al 15 por 100, que es sobre poco mas ó menos, el término medio sobre el impuesto de la produccion europea; si meditaran el aumento de cultivo que tendrían los cereales, así como todos los productos agrícolas si fueran admitidos en todos los países con un 15 por 100 de derechos, y en el impulso que recibirían la explotacion de minas y la industria manufacturera, convendrían en que esta medida escede actualmente en importancia á todas las que ocupan el pensamiento. En efecto, con esta modificacion de derechos, los consumos llegarían á su máximum; las mercancías de todas clases

obtendrían la mayor circulacion, los mas altos precios y la mas pronta venta, de donde resultarían la produccion mas abundante, y el precio de locacion el mas bajo para los dos principales instrumentos del trabajo, los capitales y la tierra; porque la pronta realizacion de las mercancías hace bajar el interés, y el acceso de los mercados para los productos de la agricultura extranjera, disminuye tambien infaliblemente los arriendos.

“Las naciones conocen demasiado sus intereses para que no se penetren pronto de que la reciprocidad en sus relaciones comerciales es imposible de otra manera que por la igualdad de derechos impuestos sobre los productos de todas clases; y como la reciprocidad es el derecho innato de todas, y una nacion que no está dominada, puede siempre en sus relaciones comerciales, obligar á otras á la reciprocidad, usando de represalias para con ellas, está fuera de toda duda que esta reciprocidad es definitiva, la sola que no es ilusoria, la sola que deja á los pueblos el pleno y entero goce de las ventajas que Dios ha dado á los países que habitan, y á los que han conquistado por su talento y por su trabajo, y por lo cual es imposible que los pueblos no adopten para sus relaciones comerciales sucesivamente, la sola reciprocidad que es verdadera.

“La aristocracia en Inglaterra, se afana por alarmar á los fabricantes, los mercaderes, los comerciantes, y en fin, á todos los individuos de la clase media, sobre las intenciones de los trabajadores; pero estos no reclaman el sufragio universal, mas que con el objeto de llegar á la libertad comercial, y á una justa reparticion de las cargas y de las ventajas de la sociedad. La clase media se halla tan interesada como los trabajadores, en que la venta de las mercancías inglesas no se restrinja en el extranjero por el obstáculo que opone el aumento de derechos al hacerse la venta en Inglaterra de los productos agrícolas del extranjero; porque así como por la adopcion reciproca de una unidad para el derecho de aduanas impuesto sobre todas las cosas, el trabajador obtendría las subsistencias, al precio mas bajo posible, y subiría el precio de los salarios, así tambien por efecto de esta reciprocidad, los negocios comerciales recibirían el mayor desarrollo posible, y ciertamente la clase media no está menos interesada que los trabajadores, en hacer triunfar el principio de la reparticion de los impuestos en la proporcion de las rentas, y en la distribucion de los empleos, con relacion á los talentos, porque sobre ella y sobre los trabajadores, pesan todas las cargas sociales, al paso que los empleos lucrativos y las rentas, son todas para la aristocracia.

«La clase media es en Inglaterra demasiado ilustrada, para que razonablemente se pueda temer que la engañen; así pues la aristocracia no cuenta para persistir en su sistema, mas que con los tratados de comercio que obtiene por la intriga ó el temor, y con los sucesos de sus armas. Pero los pueblos se ilustran cada día mas, y como no puede suponerse que consienten voluntariamente en ser burlados, todos luego que les sea posible sin peligro, romperán los tratados comerciales con que el gobierno inglés ha creído amarrarlos. ¿Se cree que el Brasil y las repúblicas de la América del Sur, no llegarán á cesar la reciprocidad de Inglaterra, y que sobreleven largo tiempo todavía que los azúcares, el cacao, café, vainilla, y otros productos de su suelo, sean gravados en Inglaterra con derechos tan exorbitantes que exceden muchas veces del valor del artículo? Como la situación de estos pueblos es cada vez mas crítica, se han de ver obligados á cesar que todos sus productos sean recibidos en Inglaterra con los mismos derechos con que ellos reciben los artículos de manufacturas inglesas, y de otras naciones. Todos los estados del continente europeo adoptarán la misma conducta respecto de Inglaterra, y si ella no cede, usarán de represalias. En cuanto á los mercados conquistados por las armas inglesas, no es probable que pueblos tan gloriosos y tan bravos, dejen pacíficamente consolidarse la dominación inglesa en el centro del Asia. El czar, su jefe supremo, no podría sufrirlo sin disminuir el afecto que le profesa. No podemos persuadirnos que el emperador de Rusia tolere la formación de un imperio británico en el Afghanistan, que deje á los ingleses dominar en Herat, en Caboul, en Candahar y Bakkhara, y pierda así toda la influencia adquirida sobre la Persia, por las brillantes campañas de 1825 y de 1829. Menos podemos creer que la Europa sufra que los ingleses se establezcan en la China, ó la dominación: el gobierno inglés está muy lejos de hallarse en una situación que justifique una ambición tan gigantesca; en efecto, si se quieren cesaminar sus medios de acción, son mas débiles y mas precarios de lo que generalmente se imagina. Su ejército es uno de los mas débiles de Europa: los habitantes de las ciudades están animados contra el gobierno, de un espíritu de resistencia tan hostil, que no se atreve á reclutar sus soldados en ellas, y se ve obligado á tomarlos en los campos distantes de las ciudades. Aunque es cierto que los islas británicas contienen 24 millones de habitantes, la población urbana compone las dos terceras partes de la general, de lo que resulta que 5 millones son los que hacen la recluta en el ejército. En este estado de cosas sucede que mien-

tras se gastan enormes sumas para hacer emigrar anualmente de 90 á 100 mil individuos de Inglaterra, el gobierno inglés hace guardar á la India con tropas indianas, y que la mayor parte de los regimientos de la expedición contra China, sean igualmente compuestos de estos soldados. En cuanto á la potencia financiera de la Inglaterra, es conocido el secreto: se sabe que si todos los estados del continente, impusieran derechos de un 50 por 100 sobre sus mercancías, ella quebraría. Sin embargo, si se atendiera no mas á la arrogancia del lenguaje de que se usa en la cámara de los lores, se creería que esos orgullosos señores son los dueños del mundo.

«Nunca tiene el negociante mas necesidad de que su prosperidad se crea que va en creciente, que cuando ella va en declinación. Si se cesara de dar tanto crédito á la fortuna de Inglaterra, ella perdería su influencia en los consejos de Europa, y no podría ya intimidar á los reyes, para hacerse entregar las riquezas de los pueblos, por medio de tratados de comercio.

«El gobierno inglés ha obtenido siempre inmensas ventajas, por las ideas grandiosas que ha cuidado de propagar sobre la magnitud de sus recursos financieros, y ahora mas que nunca siente la necesidad de imponer; esta es la razón porque sus numerosos agentes se derraman por todas partes: ellos son caballeros de moda, cuyo buen tono, cuyas finas maneras y el trato del mundo, forman contraste con el estúpido orgullo, y el grosero exterior de la muchedumbre inglesa que permanece en el continente. Sus agentes se encuentran en todos los grandes salones de Europa, se hallan al corriente de todo, no hablan mas que á propósito y con exactitud; su misión es mantener una alta opinión de Inglaterra, desacreditar todo lo que puede debilitarla, verlo todo, adquirir conocimiento de los secretos, y transmitir á su gobierno cuanto descubren.

«Se ha querido presentar como un hecho sin consecuencias, la disminución de 90 mil libras esterlinas, que han sufrido los ingresos de Inglaterra. En los grandes estados del continente, en que casi todos los ingresos proceden de los impuestos sobre las propiedades, un déficit semejante no tendría mas que una débil importancia; pero en Inglaterra, en que la mayor parte de las rentas públicas, proceden de los impuestos sobre los consumos, una disminución en los ingresos anuncia siempre de una manera cierta, la miseria pública.

«Las personas que conocen el interior de Inglaterra, no se dejan seducir por esos estados pomposos en que las importaciones, las exportaciones y la marina, son vistas en una progresión ascendente; ellas saben muy bien, que por

el hecho de la concurrencia y del inmenso desarrollo que han tomado sus medios de producción industrial, que los fabricantes no podrían comprometer sin perder el capital enorme que representan sus vastas fábricas, y sus numerosas máquinas, no obteniendo mas que raras veces, el interés de este capital por el trabajo esorbitante de 16 horas por día, trabajo pagado á tan corto precio, que el obrero no puede vivir de su salario. Las personas que están al corriente de los negocios comerciales, saben que en estos tres últimos años, los fabricantes ingleses han hecho cuanto ha estado en su poder, para arruinar las manufacturas extranjeras; que han hecho vender á cualquiera precio en el Brasil, y en toda la América del Sur, sus mercancías, las que pierden todo su favor, por el demérito que han sufrido los artefactos ingleses en su calidad. Una escasez extrema de dinero, se ha hecho sentir en Inglaterra, durante los dos últimos años, y la penuria ha sido tal, que el banco inglés se ha visto precisado á pedir prestado al banco de Francia; sin embargo, se ve en los estados del movimiento comercial comunicados al parlamento por el ministerio, que la exportación excedió en 1835, á la importación, en veinte y siete millones, cuarenta y cuatro mil, trescientas sesenta y ocho libras esterlinas, y en 1839, en cuarenta millones, novecientas dos mil veintiocho libras esterlinas.

Se debe de aquí concluir, que los gastos de los ingleses que hacen mansion fuera de su país, y las pérdidas sufridas en la venta de las mercancías, han absorbido una suma mas fuerte que la que representa el excedente de la exportación, sobre la exportación en los años de 1833 y 1839, porque las escaseces que sufrió entonces Inglaterra, demuestran que una masa enorme de numerario, habia sido exportada. Así, cualquiera que sea la cifra á que los nuevos tratados de comercio, y las nuevas conquistas, puedan hacer subir las exportaciones inglesas, la miseria pública en Inglaterra no será mas grande, porque procede de todo el sistema de organización de la sociedad inglesa. Las personas cuya renta es moderada, no pueden permanecer en un país en que la subsistencia es tan cara, y las que poseen pequeños capitales, nada pueden emprender; los salarios de los proletarios, tampoco podrían aumentarse. Las facultades productivas de las máquinas, de Inglaterra, y la potencia de sus motores, podrían sufrir de artefactos á toda la población del globo; de suerte que cualquiera que sean las demandas de fuera, la producción es siempre excedente; el fabricante no puede entonces continuar moviendo sus máquinas, y empleando sus capitales, mas que disminuyendo los salarios y aumentando las horas de trabajo. El cultivo

de tierras ocupa el menor número de brazos posible, y todas las mejoras tienden también á disminuir el número, porque el objeto de la agricultura inglesa, no es producir la cantidad de alimentos necesarios para los habitantes, sino el obtener la mayor venta posible; así que, los caballos de lujo que se venden á precios altos, tanto para el extranjero, como para el consumo interior, ocupan la cuarta parte del suelo. Resulta de este estado de cosas, que para una población de 12,000,000 de habitantes que encierra la Inglaterra, sufre un impuesto de 250,000,000 de francos para sus pobres; que la Escocia está igualmente sobreacargada, y que en Irlanda, la tercera parte de la población muere de hambre en la mitad del año.

El consumo de todas las cosas disminuye en los tres reinos, como lo asegura Mr. Lobouche, y la lepra de la miseria hiere á las masas del pueblo, á pesar de los nuevos mercados que la diplomacia y las armas inglesas han abierto, y el aumento enorme en la exportación que resulta; pero si las importaciones se hallan tan restringidas es, porque la aristocracia inglesa prohibe á 20 ó 23,000,000 de habitantes, si no es que á 24, el uso de vinos, aguardientes, frutas del continente &c., y porque los cereales y todas las sustancias alimenticias, están sujetas á derechos prohibitivos.

Si la Inglaterra adoptara para con las naciones la reciprocidad fundada sobre un derecho de 15 por 100 para todas las mercancías, el consumo de artefactos ingleses se aumentaría en el exterior, en una proporción de que no se forma una idea. Las personas que no han fijado su atención sobre los diversos pueblos de Europa, del litoral africano, del Mediterráneo, y de toda el Asia, que no han cesaminado el gran número de cosas que les falta para su comodidad, y que no pueden adquirir por causa de las tarifas exorbitadas, que les privan de las mercancías de cambio. Con el derecho único de 15 por 100, la importación en Inglaterra de los productos agrícolas, estaría en relación con el aumento de exportación, porque 20,000,000 de proletarios en los tres reinos, la disiparían en su consumo. Entonces el comercio, lejos de ser para los gobiernos motivo de viles maniobras, de odiosos despojos y de opresión tiránica, sería para todos los pueblos causa de una igual prosperidad, y llenaría en todo su extensión el objeto que la Providencia le ha señalado, de unir á los hombres diseminados por todo el globo, con lazos fraternales. Mas por esta reciprocidad, la locación de tierras en Inglaterra, bajaría al mismo precio que tiene en el continente, y la aristocracia que posee el suelo de los tres reinos, rechazaría con todo su poder, una reciprocidad que reduciría considerablemente sus rentas, que

democratizaría la tierra, poniéndola al alcance del proletario, rompería las grandes haciendas, ó las haría cultivar por asociaciones, que no permitirían ya á la nobleza feudal, conserar sus pérdidas y sus faismas, ni mantener sus caballos de lujo; que, en fin, quitándole su preponderancia política con una parte de su fortuna, la haría bajar al nivel de sus colonos y la aristocracia atrevidamente desafia al pueblo, y le arroja el guante.

Ese pueblo está lleno de valor y de energía, y si Dios suscita un hombre para guiarlo, sus opresores caerán, y se les verá tan pequeños, que darí vergüenza haber sufrido semejante dominación. La lucha es inevitable. Algunos socorros prestados á la miseria, podrán retardar la explosión, aunque la cuestión no nos parece de aquellas que pueden resolverse pacíficamente. La alta aristocracia será degollada, ó ella destruirá la mitad del pueblo.

En resumen, los males del país proceden de su organización aristocrática, de las leyes que concentran la propiedad en un pequeño número de manos, de las que hacen pesar la mayor parte de las contribuciones sobre los artículos de primera necesidad, y sobre todo, del sistema sobre el cual está fundado el comercio de Inglaterra, sistema que por la elevación de derechos sobre casi todas las cosas importadas, exceptuándose las materias primeras, reduce el consumo á la clase rica, y pone á los proletarios á merced de los propietarios, rechazando todas las sustancias alimenticias que vienen de fuera, sistema que establece las ventajas generales del comercio, sobre el excedente de las importaciones sobre las exportaciones; los limita á las necesidades de los ricos; impide en el exterior el desarrollo de la agricultura, y en el interior la producción de las manufacturas. Está demostrado que la miseria pública ha llegado á un tal punto, que no se podía remediar de otra manera, que por la adopción de un derecho único para todas las cosas importadas de países que consistieran en usar de reciprocidad; derecho que no sería demasiado elevado, para que el trabajador pudiera adquirir los artículos de su gusto.

“Estamos muy seguros de que la Inglaterra arruina por su comercio á los pueblos que dependen de ella, y á los que le están ligados por tratados de comercio; que sus tarifas son hostiles, y que llegará tiempo en que las naciones usan de convenientes represalias.”

El autor de la anterior reseña manifiesta conocimientos profundos del sistema político y mercantil de Inglaterra, de las causas que han producido su situación presente, y sobre todo, de los peligros que amenazan á las naciones, si en sus relaciones con Inglaterra no consultan

á sus verdaderos intereses. Si los nuestros han sido ó no comprometidos en los tratados con esa potencia, eminentemente especuladora, resultará del exámen de los medios que ella haya empleado y está empleando, para obligarnos al consumo de sus manufacturas, no solamente perjudicando los productos de sus fábricas, sino comprometiéndonos por medios directos ó indirectos, á arruinar las nuestras.

Como no es mi designio entrar en el exámen de todas las cuestiones que comprende la *Ojeada*, y menos de las económicas que se refieren á Inglaterra, me limito á reflexionar, que bajo el aspecto literario, único en que se juzgan las obras, en esta clase de escritos, es digna la producción inserta del mas alto aprecio, porque en ella se razona y se prueba, se descende de los datos mas auténticos, á consecuencias y resultados muy precisos. Sería de desear, que desentendiéndose un poco de los escritos de mero entretenimiento, se aplicaran nuestros hombres estudiosos al exámen analítico de encaños trazados por manos diestras, acerca de los intereses materiales de las naciones, intereses desatendidos por desgracia, en una época, en que el romanticismo es un contagio que invade aun á los estudios mas serios de la vida social. No falta cierta oportunidad, que he estado bien distante de solicitar, porque ella me sirve para un fin moral, no para un fin político; es decir, que presento algunos rasgos de las costumbres del pueblo inglés, para que, ó se comparen con las nuestras, lo que resultará muy en favor del carácter del pueblo mexicano, ó se convenga en la escasa atención de que son merecedoras ciertas obras de fantasía, especialmente las que redactan algunos viajeros, sea para ganar celebridad, sea para desahogar sus pasiones ocultas, sea en fin para alcanzar algun objeto político. Pasemos ya á extrañar el curioso y satírico escrito de madama Tristan.

#### CAPÍTULO I.

##### LA CIUDAD-MONSTRUO.

Basta el apodo con que madama Tristan anuncia á la ciudad de Londres, á esa ciudad magnífica, á esa ciudad llena de recuerdos, á esa ciudad que es la capital de una grande monarquía, y el emporio del comercio del mundo, para venir en conocimiento de las prevenciones que la animan y del afán con que solicita el descrédito de una nación, tan influente, tan poderosa y tan histórica en los anales del mundo. “¿Cuán inmensa es, dice, la ciudad de Londres! ¿Cuán esa grandeza, tan fuera de proporcion con la superficie y la población de las islas británicas, trae inmediatamente á la memoria la opresión de la India y la superioridad comer-

cial de Inglaterra! Pero las riquezas que provienen de los sucesos de la fuerza y de la astucia, son de una naturaleza efimera; ellas no podrían durar sin el trastorno de las leyes universales, que quieren que en día señalado, el esclavo rompa sus cadenas, que los pueblos sometidos sacudan el yugo, y que las luces útiles para el hombre se difundan, para que sea tambien destruida la ignorancia.

“¿Qué sería entonces la sombría opulencia de esta ciudad? Sobrevivirían sus proporciones gigantescas al poder esterior de Inglaterra, y á la supremacía del comercio inglés? ¿Esos caminos de ferro que atraviesan á la ciudad-monstruo en todas direcciones, le aseguran un crecimiento sin límites? Tales son las preocupaciones del pensamiento, al aspecto de esas oleadas de pueblo que aparecen y desaparecen silenciosas en la oscuridad de esas largas calles, á la vista de ese prodigioso conjunto de casas; y se siente la necesidad de entregarse al exámen de los hombres de todas clases, y de sus obras de toda especie, para encontrar una solución á las dudas de que el espíritu está agitado.”

Romántica es en verdad la señora Flora, desde sus primeras pinceladas, y recordando quizá la larga serie de ciudades inmensas que han ido desapareciendo por las revoluciones del globo, por los trastornos políticos, ó por las injurias del tiempo, se complace desde ahora con la idea de que Londres llegue á ser, ó dejar de ser, otra Babilonia, otra Cartago, ó alguna otra de esas poblaciones, donde reinó la actividad del espíritu, y donde ahora solamente domina el génio de la antigüedad, donde el filósofo esdudia las vicisitudes humanas; donde el arqueólogo advina la historia de un pueblo entero por una inscripción ó por algunos geroglíficos grabados en un pedazo de mármol, en que tantas veces se sienta el hombre del desierto, á descansar de sus fatigas. ¿Y qué, no podría alcanzar el anatema de destrucción, á Paris y á cualquiera otro pueblo del mundo? La ciencia de lo futuro no nos pertenece, y esos vaticinios fantásticos, no son mas que decoraciones de un escrito.

Después de haber hecho madama Tristan una descripción brillante, y hasta cesagerada, de la metrópoli británica, se apresura á decir que la fascinación se desvanece como la vision fantástica, y como el sueño de la noche; el estragero vuelve pronto de su encanto del mundo ideal, él cae en todo lo que el egoísmo tiene de mas ávido, y la existencia de mas material. “Se pasa, continúa, de la activa población de la ciudad, que tiene por único móvil el deseo de la ganancia, á esa aristocracia altanera, despreciadora, que viene á Londres todos los años, para escaparse de su fastidio, y hacer ostentación de

un lujo desenfrenado, ó para gozar en ella del sentimiento de su grandeza, por medio del espectáculo de la miseria pública. En los barrios se encuentra una masa de trabajadores muy flacos y muy pálidos, cuyos hijos tienen el aspecto mas miserable; en ellos se hallan enjambres de prostitutas, desvinculadas y líbricas en sus miradas; brigadas de ladrones de profesion; tropas de muchachos que como aves de rapaña sacan todas las tardes de sus guaridas, para lanzarse sobre la ciudad, donde roban sin temor y se entregan al crimen, seguros de evitar las miradas de la policía, que no pueden alcanzarlos en esa inmensa estension!”

Mas de una vez se han escandalizado ciertos estrangeros muy frívolos, de que en México exista ese contraste entre la suma opulencia y la suma miseria, como si no fuera natural que en todas las grandes capitales se reunieran los dos extremos de la fortuna. ¿Y qué podrán decir ahora de sus soñados cargos, sobre la apariencia desventajosa de nuestros *leperos*, de los ladrones que tanto los escandalizan, y de las pobres hijas de Eva, que especulan por vicio ó miseria, con sus gracias mal empleadas y efimeras?

Pequeñas son en México estas deformidades del carácter de una nación, y si se nos da en cara con ellas, es porque se supone que nos aliamos en el estudio de la especie humana, y que se arrinconan nuestras investigaciones.

#### CAPÍTULO II.

##### DEL CLIMA.

Al frente de este capítulo coloca madama Tristan, la siguiente noticia, que toma de un viajero: “En Londres hay ocho meses de invierno y cuatro meses de mal tiempo.” ¿Para qué mas? Escusado era que disertara sobre las diferencias que existen entre el Norte y el Medio-día, que nos hablara de la preputa neblina de esta ciudad, del humo del carbon de piedra, que forma una espesa atmósfera, y de tantas otras incomodidades de aquel clima singular, porque siendo malo todo el año, no era posible que le ocurriera una idea, ni mas completa, ni mas desagradable. Sin embargo, la escritora establece estos antecedentes para asegurar que: “En Londres se respira la tristeza; ella se encuentra en el aire, y entra por todos los poros. ¡Ah! Nada de mas lúgubre, de mas espasimódico, que el aspecto de esta ciudad en un día de neblina, de lluvia ó de frío negro. Cuando ataca esta influencia, la cabeza está dolorida y pesada, el estómago apenas funciona, la respiración es difícil por falta de aire puro, y se siente una lassitud inponderable; entouces es cuando se apodera de los ingleses lo que llaman *spleen*. Botones

se siente una desesperación profunda, un dolor inmenso, sin poder señalar la causa, un humor negro aun para lo que mas se ama, en fin, un disgusto para todo, y un deseo irresistible de suicidarse.

“En esos días nefastos, el inglés bajo la influencia de su clima, es brutal con todos los que se le acercan; hiere y es herido sin dar, ni recibir censuras.”

Si nos atuviéramos á las influencias físicas, y las identificáramos con las causas morales, México llevaría grandes ventajas, no solamente á Londres, sino á la mayor parte de los pueblos de Europa, y podríamos deducir que en la parte moral, ateniéndonos á los principios del ilustre Montesquieu, alcanzamos la perfección, porque nuestro clima es el del soñado Eden ó el del Paraíso, en que se mecía la cuna del hombre entre aromas y delicias. Sea de esto lo que fuere, no podrá dejarse de conveair en que la plebe, lo es tanto en Londres como en México, y en que los vicios de nuestra hermosa capital, jamas entrarán en paralelo, con los que reinan en aquella ciudad, de perpetuo flato y desabrimiento.

### CAPÍTULO III.

#### CARÁCTER DE LOS HABITANTES DE LONDRES.

Se concibe fácilmente que la escritora francesa, aunque afirma que no es su intento analizar las numerosas y diversas influencias, que modifican al individuo humano, ni examinar el grado de acción que puede tener el clima, quiso prepararse el camino, y que fuera tan natural como el que se sigue hasta los efectos después de penetradas las causas. “El habitante de Londres es muy poco hospitalario. Lo raro que cuesta el vivir, dice, el tono ceremonioso que arregla las relaciones, se oponen á que lo sea. Además, se ocupa demasiado de sus negocios, y no le queda tiempo para agasajar á sus amigos; él no hace alguna invitación, ni manifiesta alguna política, mas que por motivos de interés. En sus relaciones de familia, es frío y ceremonioso; escoge muchas atenciones de respeto, y se hace un deber de corresponderlas. Con sus amigos, es circunspecto y hasta desconfiado; con los extranjeros, fingé una modestia que no tiene, ó fingé una superioridad, que toca á los extremos del ridículo. Para con sus superiores, es dócil, lisongero; y leva la adulación hasta la bajeza, para con aquellos de quienes algo espera. Para con sus inferiores es brutal, insolente, duro, inhumano.

“El habitante de Londres no tiene gusto ni opinión que le sea propia: sus opiniones son las de la mayoría de moda, y sus gustos los establecidos por ella. . . . sus sentimientos y odio para

con los extranjeros, particularmente contra los franceses, y que se fomentan con tanto empeño en las masas por la aristocracia, van despareciendo cada día, á pesar de los esfuerzos del torismo para conservarlos. . . . Esta rivalidad comercial ó envidia, los ingleses se manifiestan celosos de los franceses: su odio se espresa en cada palabra, con una intensidad que aumenta, con los cuidados que toman para disminuirlo.

“La pasión dominante del nativo de Londres es el lujo: estar bien vestido, bien alojado, tener un tren de casa que lo ponga bajo un pie respetable, es la aspiración de toda su vida, y el objeto de su ambición. Al lado de esta pasión se encuentra otra, cuyas proporciones son gigantescas, y esta es el orgullo, á la cual él sacrifica todo, afecciones, fortuna y porvenir.

“El habitante de Londres no vive con la vida del corazón; en él el orgullo, la vanidad y la ostentación, ocupan el mayor lugar. Habitualmente él es triste, silencioso, y se enfada con facilidad. Cuando su profesión y la situación de su fortuna, no oponen un obstáculo invencible, viaja sin cesar, llevando consigo ese fastidio profundo, que raras veces deja penetrar un rayo de sol en su alma. Al ver las elegantes comodidades de que goza el natural de Londres, se podría creer que es feliz; pero si se toma alguno la pena de estudiar la expresión de su fisonomía, se percibe en sus rasgos que llevan el tinte del enfado y de la hastedad, que no solamente no es feliz, sino que lo es imposible hasta el aspirar á ello.”

Hé aquí que se dirigen las mismas acusaciones contra el carácter de los habitantes de Londres, que algunos hacen pesar contra el carácter de los habitantes de México. Si el escéntrico Baron de Lowenstein, niega á los mexicanos la recomendable virtud de la hospitalidad, Madame Tristan supone á los ingleses despojados de ella y alega sus razones que parece haber sacado del estudio de la vida inglesa. Si el mentado Baron creyó descubrir en México cierta antipatía contra los extranjeros en general, Madame Tristan asienta que el pobre de Juan Bull detesta cordialmente á los franceses. Ella no vivió á los ingleses sino perpetuamente enfadados, orgullosos y brutales, y les cierra la puerta hasta para entretenerse con las ilusiones de felicidad, que son cuando menos el patrimonio de la imaginación.

### CAPÍTULO IV.

#### LOS ESTRANEROS EN LONDRES.

Este artículo se ha consagrado todo entero, á presentar á los ingleses como grandes bobalico-

nes, y á los extranjeros, particularmente franceses, como caballeros de industria, que viven á merced de la ignorancia y de la credulidad de los londinenses. Muy largo sería referir los chascos que cuenta Madame Tristan, que reciben los ingleses, por su prurito de venerar á la aristocracia sobre todo lo que hay de venerable; y risa da verlos tributar y rendir acatamientos á duques, marqueses, condes y barones, que sin serlo por la gracia de Dios, lo son por la suya, sin que Juan Bull reconozca sus títulos, ni los registre los despatches que los autorizan, para convertir su pecho en otro monte Calvario. A propósito de esta manía de nobleza y aristocracia, cuenta Madame Tristan, que “la de títulos llega á tanto en Londres, que las mugeres públicas se sirven de ellos, como de medios para recomendarse; estas damas se hacen llamar condesas, baronesas y marquesas; hacen uso sin escrúpulo, de las armas de la familia á que han robado el nombre y el título; señalan sus cartas con magníficos sellos, de forma antigua y con ricos blasones; marcan su ropa y su servicio de plata, con la cifra de su casa; en fin, sus lacayos, cuando los tienen, llevan una librea feudal.”

Graciosa y burlesca es esta parodia de la aristocracia; y es la primera vez que llega á mi noticia de que sea preciso en alguna parte del globo, comer los frutos del pecado, bajo la sombra de un árbol genealógico. Muy lucidas empresas pudieran darse á tan nobles señoras, y Scarlett hubiera ejercitado su génio satírico, registrando los nuevos pergaminos de esta aristocracia pecadora, que mendigó ó roba títulos, para enrubrar que se ha despojado del mas ilustre de todos, que es el del honor.

Copiaría yo un largo episodio que contiene este capítulo contra Napoleon, si fuera de mi propósito seguir á Madame Tristan hasta en los extravíos de su propio plan. Mas sin embargo, inserto algunos párrafos para que se perciba hasta dónde avanza el odio de una muger, que tal parece inspirada por una furia. Napoleon, en sentir de Madame Tristan, es el soberano que la llevado mas lejos el poder de la fuerza sobre los pueblos que dominaba: “su poder alcanzaba, al pobre en su cabaña, y al rico en su palacio, sin que nadie pudiera escapársele. ¿Y qué nos ha dejado el de duradero? ¡Cuál de sus instituciones es la que ha mejorado la suerte de la humanidad! ¿Qué ha hecho él de una utilidad permanente! Esos códigos, de que se ha pretendido formar un título de gloria personal para él, son en opinión de todos los legistas, muy inferiores, á la legislación llamada intermediaria, que existía cuando llegó al poder. El ha sustituido sus preocupaciones y sus instintos de tiranía á los principios liberales de la legislación

republicana; él ha transformado el matrimonio en servidumbre; el negociante en hombre sospechoso; él ha atentado contra la igualdad, establecido los mayorazgos y la confiscación; asemejó la no revelación, al crimen, sustrajo los actos de los agentes de la autoridad, del juicio de los tribunales; él casi anuló el jurado, estableció las apelaciones al consejo de estado y las cortes preconstales, y privó al pueblo del derecho de nombrar á sus magistrados.”

Después de cargar Madame Tristan de dictorios á todo el sistema político de Napoleon, dentro y fuera de Francia, se complace en repetir con Monsieur Fontanes, que una prensa invencible habia hecho morir al emperador, en horribles convulsiones. Los ingleses habian dicho, que era Napoleon otro Prometeo atado á una roca, para que le devoraran sus remordimientos; y una francesa, enemiga furiosa de los ingleses, es la que insulta á la ilustre víctima, con las mismas frases con que un académico adúlador habia herido al héroe, que encomiaba mientras se conservó su poder, temblando y de rodillas. (Alta lección para los grandes que se dejan atraer y seducir por los mentidos elogios de lisongeros, sin conciencia ni sinceridad!)

### CAPÍTULO V.

#### LOS CARTISTAS.

En este artículo no hace Madame Tristan mas que reproducir las ideas contenidas en la *Ojeada*, antes inserta, y para que se forme una idea de los designios y erodo político de estos agitadores, diré en una palabra, que en su petición de 14 de Junio de 1839, reclamaron que el sufragio fuera universal, secreto y libre; que las elecciones fueran frecuentes, y los parlamentos anuales que se pagaran ditas á los representantes, y que la elección se pusiera fuera del alcance y de la influencia del gobierno. Estos mismos cartistas en sus juntas, se han entregado á toda clase de escargaciones, han apelado frecuentemente á las vías de hecho, é introducido el desorden en muchos condados. El pueblo lucha cuando, y cuanto puede, con la aristocracia, que prevalece todavía, por el influjo de sus riquezas, y porque los temores que inspira naturalmente la anarquía, defienden y robustecen la causa del partido conservador.

### CAPÍTULO VI.

#### UNA VISITA Á LAS CAMARAS DEL PARLAMENTO.

Esta visita es de la misma Madame Tristan, que asegura haberse introducido disfrazada de turo, en las cámaras, y perdonándole la invención, ó la mentira, no dirigiremos al grano, para saber el juicio que formó, ó le hicieron for-

mar, de los cuerpos legisladores de Inglaterra. "El aspecto de la sala de la cámara de los comunes, es de lo mas mezquino: ella forma un cuadrilongo, y no tiene dignidad ni en la arquitectura, ni en las decoraciones. Los honorables se sientan sobre los bancos, que son de madera pintada, como hombres fatigados y fastidiados; varios de ellos están acostados y *durmien*do; estos ingleses, tan ceremoniosos, expresan en la cámara un desprecio completo de todos los miramientos que imponen los usos de la sociedad. Es de buen tono parlamentario, presentarse en la sesión, enlodado, con el paraguas debajo del brazo, y en traje de mañana; de llegar á caballo: entrar á la asamblea con espuelas, el látigo en la mano y en hábito de caza. Cuando un diputado habla, se quita su sombrero, se apoya sobre su bastón ó su paraguas, mete las manos en su chaleco ó en las bolsas de su pantalón. Reina entonces un profundo silencio, porque la mayor parte de los miembros *duermen*, ó leen sus diarios.

"El salón de los lores, no vale mas que el de los comunes: está construido bajo el mismo plan y sin adornos. Los señores lores no guardan mas circunspección que los miembros de la cámara de los comunes: conservan su sombrero puesto, por orgullo de rango; pero exigen que los que asisten á la barra ó á las tribunas, estén descubiertos."

Ruego yo á nuestros detractores que se acerquen algun día á nuestras cámaras, y advertirán que en este pueblo, llamado inculco, prevalece un sentimiento de dignidad y de decoro, tanto en los representantes que sin escepcion alguna, son moderados y circunspectos, como en el público, que apenas se permite, de tiempo en tiempo, algunos ligeros aplausos, que cesan inmediatamente que el presidente impone silencio con su humilde campanilla. No es en verdad la pasión que justamente profeso al lugar en que nací, la que me inclina á admirar y reverenciar el carácter de un pueblo, tan horriblemente desfigurado en las relaciones de los viajeros, sino la contraposición con el de naciones, que se llaman á sí mismas las mas cultas del globo, y que aun sostienen la superioridad de su raza, sobre la que hoy puebla la superficie del Nuevo-Mundo. Admira que ciertos hombres, que vienen á darse el tono de sabios y de filósofos, y que cuando regresan á Europa, escriben para insultarnos y degradarnos, no recuerden el poder de los contrastes, y que como ellos, podemos viajar ó investigar, ó cuando menos tomar en la mano ciertas obras que pasan los mares, y que nos revelan costumbres y crímenes insólitos, de aquellos que pueden avergonzarnos, no solamente á una nación, sino á la especie humana entera.

## CAPÍTULO VII.

## LOS TRABAJADORES DE MANUFACTURAS.

¡Cuán negra es la pintura de estos infelices, que con el fruto de su trabajo sirven á la Inglaterra, para que establezca su dominio en las cuatro partes principales del globo! "La mayor parte de los trabajadores carecen de vestidos, de lecho, de muebles, de fuego, de alimentos sanos, y muchas veces hasta de papas para alimentarse. Están encerrados doce ó catorce horas, y son raquíticos, flacos y delites: su color es pálido y sus ojos muertos; y podría creerse que todos estaban afectados del pecho. Yo no sé á qué atribuirlo, si á su fatiga permanente, ó á la sombra desesperación de que su alma es víctima, porque no puede ser mas miserable la fisonomía de los obreros en general. Es difícil encontrar su punto vital, porque todos tienen los ojos bajos, y solamente miran al traves, lo que da un aspecto horriblemente feroz, á esas figuras frías é impasibles, dominadas por una profunda tristeza. En las fábricas inglesas, no se escuchan cantos, chanzas, ni risas. El amor, no permite que un recuerdo de la existencia vaya á distraer á los trabajadores; exige el silencio, y reina un silencio de muerte, porque el hambre del trabajador hace omnipotente la palabra del amo. No existe entre el obrero y los jefes del establecimiento, ningunas relaciones de familiaridad y de política, y nada suaviza en el corazón del pobre, los sentimientos de odio y de envidia, que naturalmente hacen nacer el desden, la exigencia, y el lujo de los ricos." "¿Quién nos hubiera podido persuadir, que los artesanos de Inglaterra pasaban una vida tan melancólica y desesperada? Si esta es la suerte del que enriquece al país con su trabajo, ¿cuál será la del proletario, y del campesino? Todo esto prueba, que la miseria y la desgracia, son mas tolerables en nuestra patria que en otros mil pueblos, orgullosos con su soñada felicidad; y que el artesano, el jornalero, y cuantos viven en México de su trabajo, no sienten, no sufren otras penas, que las consiguientes á ese mismo trabajo, que no carece de recompensas.

## CAPÍTULO VIII.

## LAS MUJERES PÚBLICAS.

Me he tentado de omitir el extracto de este capítulo, no por modestia ó hipocresía, sino porque en México, no solamente no se puede hacer ni se hace lo que se puede y se hace en Londres, segun refiere Madame Tristan; sino porque no es posible, ni aun leerlo, sin un disgusto, sin un escándalo, sin un horror, á que los pobres mexicanos no estamos acostumbrados; y si me he permitido á copiar algunos párrafos, es porque cier-

tos viajeros, sin tomar en cuenta las miserias humanas, alzan la voz contra la prostitución de México, escogierada, ponderada y mal representada, como si entre nosotros se hubiera erigido la prostitución en una ciencia, con sus reglas y sus principios; en un establecimiento permanente con fondos y directores; en uno de los recursos de la policía, conforme acontece en esa ilustrada y desastrosa Europa. Refiere sin embargo, Madame Tristan ciertas cosas, que no repetiré, porque ignoro cómo pueden pasar, cómo las pudo ella ver, y cómo las pudo escribir, faltando al respeto á su sexo, y á sus lectores: insertaré no mas lo que sea tolerable.

"En Inglaterra las mugeres nacidas en la clase pobre, son arrastradas á la prostitución por el hambre; porque estando escluidas las mugeres de los trabajos del campo, cuando no se ocupan en las manufacturas, no les resta otro recurso que el servicio ó la prostitución.

*Allons, mes seurs meschans, la nuit comme le jour:  
À l'aise seoir, à l'aise seoir, si faut faire l'amour,  
Il le faut, iis-bis le destin nous à faire  
Pour garder le ménage, et les femmes honnelles (1).*

"Las mugeres públicas, son en Londres tan numerosas, que á todas horas se les ve por todas partes; en las calles hay una grande afluencia de ellas, y en ciertas épocas del día, vienen de cuarteles distantes, á las calles, á los paseos y á los teatros, donde concurre la gente. Estas mugerzuelas llevan á sus presas á casas desiludadas al oficio, que se encuentran en todos rumbos, y que el doctor Ryan asegura, que son tan numerosas, como las tabernas de Ginebra.... Ochenta á cien mil mugeres, la flor de la población, viven en Londres de la prostitución, y cada año mueren quince ó veinte mil de estas desgraciadas, y mueren con la muerte de un leproso, en un total abandono. Cada año, un número mas considerable todavía, viene á reemplazar á las que han perdido su horrible existencia.... En Londres todas las clases son profundamente corrompidas: en la infancia, el vicio se anticipa á la edad; en la vejez, sobrevive á la estincion de los sentidos, y las enfermedades de la disolución han penetrado en todas las familias. La pluma se rehusa á trazar los estravios, las torpezas á que se entregan hombres estenuados, que ya no tienen sentidos, cuya alma es inerte, el corazón seco, y el entendimiento sin inspiraciones. A la presencia de una tal depravacion, San Pablo hubiera exclamado: *Anatema á los fornicarios!* y hubiera huído de la isla, sacudiendo sus zapatos.... M. Talbot opina, por resultado de sus investigaciones, que existen en Londres cinco mil casas públicas; y M. Ryan calcula, que cinco mil individuos, hombres ó mugeres, están ocupados en proveer de mugeres

á estas casas, y que cuatrocientos ó quinientos que tienen el nombre de *trapenners*, se ocupan de tender redes á las muchachas de diez á doce años, para arrastrarlas de grado ó por fuerza, á esas espantosas cavernas. El congetura, que custoriositas mil personas están interesadas directa ó indirectamente, en la prostitución, y que solamente en Londres se gastan en ella cuarenta millones de pesos. En Mayo de 1835, se estableció una sociedad para *evitar la prostitución de la infancia*. En su alocucion al público, espone el estado de depravacion de las clases populares en Londres; afirma, que existen escuelas en que se instruye á los jóvenes de los dos sexos, en la ratería y en todos los actos de inmoralidad; que la prostitución y el robo son abiertamente estimulados por los que sacan provecho; que el crimen está organizado regularmente. Existe, dice ella, un gran número de hombres y de mugeres, cuyo comercio consiste en *vender muchachitas de diez á quince años, que han caído en la red*. Atraidas bajo pretestos plausibles, á casas de depósito de disolución, á los quince dias son perdidas para siempre por sus padres.

"En Mayo de 1836, la sociedad en su memoria anual nota, que cualquiera que sea la pena que un hombre de moralidad sienta, á la vista de las escenas de los vicios que se manifiestan con descao en la metrópoli, el espectáculo mas chocante que se ofrece, es el espantoso aumento de la prostitución de la infancia. A favor de la noche, y aun en pieno día, se recorren las calles por desgraciadas niñas, separadas de los senderos de la virtud, y de la proteccion de sus padres, por malvados que han consumado su destruccion, con la mira de hacer ganancias, y seguros de la impunidad.

"Los numerosos artificios, continúa la misma sociedad, que se emplean para atraer al turbillon de la miseria á los niños de ambos sexos y sin experiencia, son tan complicados y tan varios, que sería imposible detallarlos; y es por lo que hablaremos solamente del trato que sufren estas criaturas infortunadas, cuando han llegado á caer en la red. Inmediatamente que la niña ha entrado en una de esas cavernas, se le despoja de sus vestidos, de que se apodera el dueño de la duenda del establecimiento; se le adorna con el traje de las mugeres ricas, que la maldad facilita. Los abonados son avisados, y cuando la muchacha no trae mucha gente á la casa, su amo la envía á recorrer las calles, donde la hace vigilar, de manera que le es imposible escaparse: si ella lo intenta, el espía, hombre ó muger, que la sigue, la acusa de haber robado al amo de la casa los vestidos que lleva; y entonces el agente de la policía la arresta, y ordinariamente entrega la esclava fugitiva á su amo, mediante una

(1) Lázaro. Por Auguste Barbier.



recompensa. Vuelta á la infame mansion, la infeliz es cruelmente tratada, y despojada de todos sus vestidos, se le deja todo un día enteramente desnuda, para que no se pueda escapar, y se le priva hasta de alimento. Llegada la noche se le vuelve su ropa y se le manda pasear por las calles, vigilada por un espía; se le castiga severamente, si en sus correrías nocturnas, no reúne y lleva á la casa, un cierto número de hombres, y no puede apropiarse ni un sueldo del dinero que recibe.

“La misma sociedad en 1838 llamaba la atención del patriotismo, de la virtud, de la religion y de la humanidad, sobre los esfuerzos descarrados que se hacian continuamente, para alimentar la disolucion con nuevas victimas. A penas, dice, se pasa por una calle, sin encontrar alguna casa de depósito de este infame comercio. Numerosos agentes están eupicados en capturar y en atrapar, de mil maneras, inocentes niñas sin experiencia, y los barrios, los bazares, los parques, los teatros, les facilitan sin cesar nuevas presas. La junta tiene pruebas para poder afirmar que los sostenedores de malas casas y sus agentes, tienen la costumbre de dirigirse á las *casas de trabajo y á las penitenciarías*, y que obtienen frecuentemente muchachas jóvenes.”

“La misma sociedad, en Mayo de 1838, se lamentaba de la ineficacia de sus nobles afees. “Mientras que los miembros de la junta, llevaban al cabo sus operaciones comenzadas, han tenido que luchar con obstáculos de una naturaleza extraordinaria; estos obstáculos proceden de la apatía y de la indiferencia, casi universal, que reinan sobre el objeto de la sociedad. Los miembros de la junta, han sido recompensados de sus fatigas por la fisa y desprecio de un mundo profano é immoral; por las censuras y desaprobacion de los que creen que el libertinaje es necesario para el bienestar de la sociedad; por la indiferencia desdefiosa y por la negligencia de los hombres religiosos, sin que en ninguna parte hayan encontrado aliento ni proteccion.”

Creo que será suficiente lo referido, y que se ha tomado de documentos oficiales de una sociedad inglesa, para penetrar el exceso de la prostitucion en la capital de Inglaterra, sin discurrir con Madama Tristan sobre todos los medios que allí se emplean, para degradar y envilecer á la especie humana, en términos que parecen inconcebibles. De tales relaciones, sacarán los padres de familias mexicanas, alguna utilidad, y es la de guardarse mucho de enviar á sus hijos, con motivo de darles educacion, á alguna de esas ciudades europeas, donde los vicios encuentran tantos estímulos; donde la prostitucion es una ciencia, como cualquiera otra y donde, en fin, trán á olvidar todo principio de religion, de moralidad, y de decencia, para re-

gresar despues, mas corrompidos y mas contagiosos que un leproso, é introducir tal vez en nuestra sociedad, crímenes y desórdenes que felizmente ignora. El gobierno mexicano llevará adelante, por un nuevo estímulo, su honrosa empresa de perfeccionar mas y mas los establecimientos de educacion. á fin de que no sea necesario ir á mendigarla á países extranjeros, con el peligro de que se pierda, en la juventud, esa inocencia y esas costumbres, que mas honran á una nacion que los conocimientos sublimes, cuando no se decoran con el honor y con la virtud.

### CAPÍTULO IX.

#### LAS PRISIONES.

En este siglo, de mejora para la especie humana, se estudian, y con razon, los adelantos y cultura de un pueblo, en el estado de sus prisiones, porque han cesado de ser consideradas como depósitos en que se imponen castigos, y se conviene en que su único objeto es la detencion y seguridad de los reos. Ocupándose Madama Tristan de las cárceles de Inglaterra, no puede negar los esfuerzos que se han hecho para mejorarlas; aunque no se manifiesta muy satisfecha de los promotores del sistema penitenciario, ella hubiera deseado que se fijara la atención de preferencia, en la condicion miserable de los proletarios y manufactureros, para prevenir los delitos y escusar la necesidad de castigarlos. Conviniendo yo, en que tanto uno como otro, son objetos de una sociedad bien regularizada, aplando sin embargo las atenciones que se prestan á las prisiones, adonde es fuerza que vayan los criminales, porque tambien es fuerza que haya crímenes, atendíendose á la corrupcion del hombre, y á la ineficacia de las leyes para corregirlo. Madama Tristan, que visitó la prision de *Wexgate*, asegura que tiene uno de los aspectos mas salvajes. “¡Ah! esclama, así es como la imaginacion se representa las prisiones de los tiempos bárbaros. Despues de describirla, se lamenta de que la falta luz y otras comodidades, cuando se ha gastado tanto en piedras y en fierro para darle seguridad. Yo la abandono en su detalle, porque la veo inclinada á condenarlo todo, sin critica ni cesámen, y á no consentir un solo elogio, de lo que ciertamente lo merece, en la policia de las cárceles de Inglaterra. Las medicas empleadas para la seguridad de los reos, son inevitables, y si ellos padecen, fuerza es que sufra el que abandonó á la virtud, que atacó al individuo y violó las leyes de la sociedad. Por otra parte, las prisiones de Inglaterra se acomodan al génio de la nacion, y este es un pensamiento filosófico. ¡Ojalá y algun dia, abundemos los mexicanos en medios para plantear

nuestras cárceles, tomando del sistema penitenciario de Inglaterra y de los Estados-Únidos, lo que es adaptable á nuestras circunstancias!

### CAPÍTULO X.

#### PARROQUIA DE SAN GIL.—CUARTEL DE LOS IRLANDESES.

El designio de este capítulo es, presentar en toda su estension la miseria del pueblo irlandés, y Madama Tristan lo desempeña cumplidamente. Toma lo mas notable de la *Irlanda social, política y religiosa* de Mr. Beaumont, para demostrar la suerte infeliz y los intensos sufrimientos de mas de doscientos mil irlandeses que habitan la capital de Inglaterra, y que disputan á los perros en las calles, las cáscaras de las papas. “En ese cuartel se encuentran hombres, mugeres y niños, con los pies desnudos, patinando el fango inhumdo de las cloacas; acostados los unos sobre la pared por falta de sillas para sentarse; agrupados otros en la tierra, y hundidos los niños en el lodo como puerco. No: á menos de haberlo visto, es imposible figurarse una miseria mas horrorosa, un envilecimiento tan profundo, y una degradacion mas completa del ser humano. Allí, yo vi niños enteramente desnudos, niñas y sus nodrizas con los pies descalzos, que no tenían mas que una camisa, que les caia en tirones, y que dejaba ver su cuerpo casi enteramente desnudo; á viejos acurrucados sobre paja convertida en estiercol, á jóvenes cubiertos de andrajos. En la mayor parte de estas habitaciones, ni las ventanas, ni las puertas tienen cerraduras, y juntos se acuestan, padre, madre, hijos, hijas y amigos, sin otro recurso. Es espantoso ver todo esto; pero mucho mas observar sus semblantes. Todos son flacos y llenos de enfermedades en la cara y en las manos, y sus cabellos enredados y ensortijados como los de los negros, y si se les ve de cerca, toman el aspecto vil del mendigo.”

Madama Tristan, en su empeño ó manía de cargar á la aristocracia inglesa con todos los males y pecados, no deja de culparla por la mezquina condicion de los proletarios irlandeses, y por la de los proletarios de los tres reinos unidos: la Irlanda es desgraciada, y donde quiera que habitan los irlandeses, lo son tambien, sin que sea necesario averiguar la causa, cuando es conocido el efecto. Por mucho que se escagere la miseria y el aspecto ingrato de nuestros *léperos*, es nada todo esto, si se compara con el retrato de un irlandés de un barrio de Londres, trazado por el pincel de Madama Tristan. Vamos ya mirando que si se trata de vicios y deformidades morales, los pueblos mas poderosos y cultos no nos van en zaga; que reina la pobreza hasta en las regiones del lujo y

de la opulencia, y que plebes hay mas asquerosas y mas chocantes, mas miserables que la de Mexico. Tiempo ha que he estado convencido, y ahora mas me confirmo, en que todos los países tienen de bueno y de malo; que los hombres son los mismos en iguales situaciones, y que la pobreza y la vergüenza son el seguro patrimonio de la especie humana.

### CAPÍTULO XI.

#### CUARTEL DE LOS JUDIOS.

Al frente de este capítulo, coloca Madama Tristan las lamentaciones de Jeremias, y ciertamente que no pudo escoger pensamientos mas péticos, mas sentimentales, mas sublimes que los del inspirado por Dios para describir el inmenso infortunio de ese pueblo disperso por los romanos, perseguido por todas las naciones, y heredero de la maldicion que cargó sobre el primer asesino del género humano. “Mil ochocientos años (son palabras de Madama Tristan) han pasado desde la toma de Jerusalem por Tito, y la dispersion de los Judios; y este pueblo, con sus creencias religiosas, sus leyes y sus costumbres, se ha conservado en medio de las naciones. Los romanos y los destructores de los romanos, han pasado, y este pueblo permanece en pie. Cuando comparamos á Moises con otros legisladores, nos asombra la prodigiosa duracion de sus instituciones; no puede borrarse el sello del gran revelador. Nada han podido cambiar diez y ocho siglos de persecuciones fanáticas; el pueblo de Israel no ha sucumbido; ha permanecido judío en sus tribulaciones y en su miseria, como lo fué en los dias de su gloria.

“Eminentemente laborioso, económico y sin desesparar jamas de la fortuna; viviendo entre las naciones y fuera de la proteccion de sus leyes; espuesto á toda clase de escaciones; no teniendo justicia mas que como favor, y no como derecho; continuamente obligado á comprar el permiso da existir, el judío no ha podido dedicarse al cultivo de la tierra, y en todas partes se ha ocupado en el comercio.

“Tratados siempre como Paris, rechazados siempre los judios de la sociedad, han formado entre sí una especie de sociedad, han proporcionado la inapreciable ventaja de no detenerse por alguna consideracion al elegir medios de subsistencia; las persecuciones de que han sido el blanco han contribuido á que se socorran unos y otros, y en la esperanza de un Mesías, han dado un fantasma divino á esa existencia sumida en la abyeccion y les han permitido que sobrelleven sus sufrimientos con una resignacion religiosa.

“Los judios ricos son muy caritativos para

con sus co-religionarios, y viven entre sí de una manera masfraternal, que varias sectas cristianas.

“En Londres la población judía es considerable; ella se encuentra diseminada en todos los cuarteles; pero como se ha anonotado en la parroquia de San Gil, se llama *cuartel de los judíos* á las calles en que residen.

“Las calles de Montmouthe y San Gil, están llenas de tiendas, en que se amontonan como muestras, óh! los zapatos, trapos y vestidos viejos. “Oh! la vista de esos millares de chancas, de esos harapos, y de todo ese conjunto, objeto de un gran ramo de comercio, suministra una idea mas investigadora de la ciudad-monstruo, que todas las verdaderas y memorias que pudieran presentarse. Todo esto causa horror, y la imaginación espantada pregunta: ¿quién puede comprar semejantes deshechos? ¿Quién! ¿Se ha olvidado que el pueblo de Irlanda está entera-mente desnudo, y que jamas ha usado de zapatos ni de camisa! ¿Dios mio, cuán gran miseria! ¿Quién se atrevería á parar en ella el pensamiento?”

En efecto, la suerte del pueblo judaico es un hecho Providencial enigmático, misterioso, desde que sus antepasados levantaron una cruz para asesinar al Hombre Dios. Al meditar sobre las ruinas vivientes de una nación en cuyo favor se obraron tantos protigios, mientras fué depositaria de la buena creencia, el entendimiento se confunde y nace en él la convicción de que cuando se alza el brazo de Dios sobre un pueblo que ha pecado, se muestra la omnipotencia de la ira del Señor. El filósofo, sin embargo, y tambien el cristiano, compadece á los judíos; y creo que aliviar su suerte, donde las leyes permiten que vivan, es una obligación, no meros social que caritativa y recomendada por el sublime ejemplo de Jesucristo que impetró de su Padre celestial el perdón de los judíos *porque ignoraban lo que hacían*. Abandonados por la sociedad, proscripciones por las leyes, condenados por las costumbres, forman donde quiera que existen, una sociedad inquieta y peligrosa, un conjunto de miserables de una mancha permanente de la especie humana. Dejo ya á los judíos porque se atropellan en mi imaginación dolorosos y profundos pensamientos, sobre su destino.

## CAPÍTULO XII.

### ROBO DE MASCADAS.

“Fácil es concebir que en un país donde los hombres no tienen mas deseo que el de ganar dinero, donde el gobierno mismo, aprovechándose de la ignorancia en que algunos otros gobiernos se hallan sumergidos, les hace pasar por convenciones mercantiles que les son desventaja-

jas, haciendo uso con aquellos que son débiles, de la violencia, para arrancarles concesiones que les son ruinosas; fácil es de concebir, repito, que en un país de tal naturaleza, siempre que se trate de ganar algo sin riesgo el escrúpulo de conciencia no deberá servir de retrato y que toda la *scriptural education* del Dr. Cumming no será suficiente para destruir los atractivos de la plata. Allí en efecto, todo lo domina el dinero; se venden las conciencias, y se compran: la idea de adquirir barato, la de metalizar empleos, es comun á todos; así es que fomenta la ignorancia, la negligencia, las pasiones, los vicios, los crímenes á muy pocas gentes repugnan. Honrados e industriosos ciudadanos que van á medias con el fisco, provocan á la embriaguez, para mejor esponder su *gin*: otros dueños de casas de juego, compran la tolerancia de que gozan, circulan sus avisos y reciben á los concurrentes en sus salones de treinta y cuarenta, de roleta etc. Hay otro género de especulación: hay hombres que se emplean en comprar las hijas á sus padres para traficar sus encantos, y otros que presentan á la prostitución de las altas clases, habitaciones amuebladas con el mayor lujo.

“Todo el mundo sabe que en Inglaterra no se conocen los *juzgados*; no es pues extraño que en un país donde la impunidad puede casi siempre comprarse, ya sea indemnizando á la parte ofendida, ya por medio de fianza que se escstiba, ó ya empleando el cohecho, no es extraño, digo, que los frutos del crimen hallen por todas partes compradores, y que la ocultación del robo, lo mismo que los demas ramos análogos á esta especie de industria, se consideren como muy licitos.

“No se busquen monte-píos en Inglaterra porque ni uno solo existe; y he aquí por qué el préstamo sobre prendas es una de las industrias mas lucrativas; no hay policía que vigile sobre tal ejercicio con el objeto de impedir su práctica, seguro está que el *pawn broker* tenga la mas ligera inquietud cuando se le presenta una alhaja, sobre el *derecho de propiedad* que puede tener á ella el individuo que viene á empeñársela; lo que le interesa es ver si es desprecioso, y si al fin de año no se le paga capital ni interes, quedarse con la alhaja, sin que pueda su dueño reclamar el esceso hasta el completo de su valor. Traense á las tiendas de estos usureros todas las alhajas hurtadas, y asimismo un gran número de otros varios objetos. En fin, una multitud de individuos, hombres, mugeres, y niños, tanto elegantes como trapiientos, se dedican á *robar mascadas*; y es tan abundante la cosecha, que la venta de las mascadas obtenidas de este modo, forma el particular objeto del comercio de porción de *justificados tenderos*.

“Muy inmediato á New-Gate hallase una callejuela que conduce hácia *Holborn Hill*, denominada *Field Lane*, que es muy estrecha, por la cual no transitan carruages, y donde no se ve absolutamente otra cosa sino personas que venden mascadas de *lance* (second hand). Inútil me parece prevenir al curioso lector que tenga tentaciones de seguirme, que es indispensable que deje su reloj, su bolsa, su mascada, si es que quiere penetrar en *Field Lane*, porque debe presumirse que los *gentlemen* que acostumbra concurrir á aquel sitio, son muy ágiles de manos. De noche sobre todo, es cuando merece aquel asilo de bribones que lo visiten; entonces es cuando se aumenta la concurrencia, lo cual se conoce en que compradores y vendedores tienen un igual interés en conservarse incógnitos, porque despues de su bolsa no hay cosa mas preciosa para un caballero de la industria, que su cartera, ó lo que es lo mismo, la reputación que se ha labrado.

“Las tiendas tienen á guisa de puestecillos un cobertizo que adelantándose hácia la calle, presenta á los ojos del comprador una série de mascadas que cuelgan de una varilla de hierro: mas de un individuo reconoce allí la que le han hurtado. Los tenderos y tenderas, cuyo aspecto está en la mas perfecta armonía con la especie de comercio en que se ocupan, se mantienen á la puerta, y de cuando en cuando se disputan de una manera que hace temer pependencias, los marchantes que al abrigo de la noche, vienen á comprar á un *cil precio* los efectos que fueron hurtados durante el día. ¿Qué movimiento en aquella callejuela! Mugeres públicas, niños rateros de todas edades, de todos aspectos, concurren á ella á vender mascadas. Hácese entrar á los vendedores en la trastienda para celebrar el ajuste, y las mascadas á medida que se van comprando, van pasando á manos de un sirviente que va quitándoles las marcas y lavándolas, única ocupación que tiene. Só preteso de buscar dos mascadas que se nos habian hurtado y que apreciábamos, entramos á cuatro ó cinco tiendas, donde se nos hicieron ver todas las que habian estado trayendo los cinco dias anteriores; ascendian á mil; y como hay mas de veinte tiendas en la callejuela, deberá inferir que se traen semanariamente á este *bazar de robos* de cuatro á cinco mil mascadas. Algunas vi elegantísimas, que se vendian á 2 y 3 shillings (2 francos 50 céntimos y 3 francos 75 céntimos). El comercio de *Field-Lane* es tan activo como cualquier otro de la ciudad puede serlo; por su modo, segun parece, muchos han hecho fortuna.

“La falsificación cuyo efecto es menoscabar el crédito público; el robo con violencia, el asesinato y otros crímenes que comprometen la seguridad, son los únicos que la policía trata con

actividad de descubrir; en cuanto á los rateros, no se les aprehende sino en caso que se les sorprenda infraganti. Mucho tendría que hacer la administración si se dedicase á perseguir á los autores de simples robos. Bien comee que no son las leyes bastantes para reprimir los innumerables que se cometen, consecuencia del estado social del país; no quiere informarse de quienes son los que abrigan, porque teme encontrarse con que el número de los delinquentes es demasiado alto. Si se quiere hacer en Inglaterra lo que hacemos en Francia; todas sus cárceles no serian suficientes para encerrar á los ladrones, y á los individuos que los sostienen, ni bastarian todos los buques para hacerlos trasportar á la Australia.”

No sé si es mala intención que el diablo me ha sugerido, ó meramente el deseo de divertir á mis lectores, lo que me ha decidido á copiar integro un capítulo, que nos revela, lo que pocos acaso creerán, y es que en Londres hay baratillo, en una escala infinitamente mayor que la del nuestro, y en el cual se compra y se vende lo robado, particularmente pañuelos y mascadas, ejercicio favorito de nuestros léperos, y que servía para argüir que entre nosotros la astucia y maldad de los rateros son tales, que nos causan vergüenza, porque carecen de imitadores entre las naciones que se llaman á sí mismas, las mas civilizadas. ¿Cuán cierto es que todo el mundo es Popayan! No se entienda que me complazo en advertir los defectos de algun pueblo del mundo; soy cosmopolita y apeteciera que la especie á que pertenezco, fuera cuando no immaculada, al menos no tan imperfecta como ella existe por los vicios de la naturaleza y por los muchos mas que ha introducido lo que se llama cultura social. Redéciese mi pensamiento á procurar que sean mas circunspectos nuestros detractores de oficio, y que se atengan al caritativo consejo de que no apedree el tejado vecino, el que tenga el suyo de vidrio.

## CAPÍTULO XIII.

### LAS CARRERAS DE CABALLOS DE ASCOT-HEATH.

“Ocupada madama Tristan de referir las impresiones que le dejaron las carreras de caballos de Inglaterra, en especial las favoritas en Londres, de Ascot-Heath, dirige á los ingleses un cumplimiento que no es sin duda, el mas agradable que han recibido. “En Francia, dice, y en todo país que se pica de parecer galante, el ente mas honrado de la creación es la muger; pero en Inglaterra lo es el *caballo*. No solamente se lo prefiere á la muger, sino tambien al mismo hombre.” Sabida es la estimación de los ingleses á sus caballos, y su empeño en conservar y mejorar las razas; mas yo entiendo